

La noticia de Bayona desembarca en América

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

Los grandes hombres de acción tienen una falla en la que radica su fuerza y su perdición: creerlo todo posible. No hay obstáculo que no se crean capaces de vencer. Y aspiran a que la naturaleza y los hombres se plieguen a su voluntad. El persa Jerjes ordenó que el océano fuera castigado.

Pero no todo es posible, casi nada es posible. Y por imperiosa y creadora que sea la voluntad, no es capaz de cambiar por un decreto la índole de un pueblo. Y Napoleón ignoraba al español: su recio individualismo, desde el señor feudal hasta el mendigo; sus convicciones religiosas, el orgullo de haber sido el descubridor y conquistador de América y haber sembrado el pavor, con sus terribles tercios, en todos los ejércitos de Europa.

El hecho de que la grandeza imperial fuera tan solo un recuerdo del pasado y España se viera reducida al papel de potencia secundaria, desde el hechizo de sus reyes no borró en su ánimo el orgullo de los nobles empobrecidos. "Confundiendo la causa de Cristo, con la de los Borbones, España permanecerá irreductible".

Bonaparte creyó que al ofrecer a los españoles una nueva constitución, a la altura de los tiempos, instituyendo un senado, trasladando por encima de los Pirineos buena parte de los moldes jurídicos de la revolución y el consulado, el pueblo se iba a sentir feliz, porque lo incorporaban a la fuerza en la ola del jacobinismo imperial. Pero a ese pueblo no le interesaba un bledo la fundación de un senado, ni el código civil napoleónico ni la declaración de los derechos del hombre. Amaba a sus Borbones decadentes, toleraba la inquisición, estaba habituado a su burocracia perezosa y no era un aliciente para él prepararle reformas y hablarle de regeneración.

El último de los grandes historiadores del consulado y del imperio, Luis Madelín, juzga de esta manera el error de Napoleón:

"Peor que un crimen, una equivocación", había dicho Fouché, después de la ejecución del Duque de Enghien y yo digo que era menos una

equivocación que un crimen. En el *affaire* de España, había crimen y equivocación. La expoliación de los Borbones era un crimen. Eran poco interesantes, verdad; lamentables príncipes que podían inspirar el desprecio y aun el asco, pero que no eran ni más envilecidos ni más degenerados que otros príncipes. Napoleón no estaba encargado por ningún decreto de la Providencia de deponer los malos príncipes, si no constituían obstáculo a la seguridad y a la fortuna de su propio país. Los Borbones de España no constituían seriamente ningún obstáculo a la seguridad y a la fortuna de Francia, ni a la grandeza del emperador. Aliados poco seguros, sea, aliados que habían intentado traicionar tres veces, aliados despreciables y por lo mismo incómodos, ¿qué se podía hacer con ellos? Si la alianza había sido verdaderamente traicionada, solicitar cuenta de la traición. Y si no era dada una satisfacción, romper la alianza, tratar francamente en enemigo el ministro que había impulsado a la traición. Obtener su relevo y si no era despedido, declarar la guerra. Esto hubiera sido más franco.

“Pero aprovechar los vicios que se condenan para envilecer una familia que se quiere despojar, alimentar las querellas ignominiosas para explotarlas, deshonorándola... Atraer a los padres para que renieguen de su hijo. Y a un hijo mediocre, ponerlo a escoger entre la rebeldía y el envilecimiento. Fingir una amistad conmovida para atrapar una herencia, que el propio derecho de conquista no justifica (si es que existe un derecho de conquista) todo esto está fuera de toda moralidad, y la inmoralidad no se excusa en este caso, por una necesidad, una oportunidad, ni la menor ventaja. Fue, pues, un crimen, pero sobre todo, una equivocación” (1).

* * *

El conquistador se dirige por primera vez al reino que le ha sido cedido:

“Españoles: después de una larga agonía, vuestra nación iba a perecer. He visto vuestros males y voy a remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder hacen parte del mío.

“Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos a la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero quiero reconocer derechos eternos, al amor y al reconocimiento de vuestra posteridad.

“Vuestra monarquía es vieja: mi misión es renovarla; mejoraré vuestras instituciones y os haré gozar, si me ayudais, de los beneficios de una reforma, sin que experimenteis quebrantos, desórdenes y convulsiones.

“Españoles: he hecho convocar una asamblea general de las diputaciones de las provincias y ciudades. Quiero asegurarme a mí mismo de vuestros deseos y necesidades. Entonces depondré todos mis derechos y colocaré vuestra gloriosa corona en las sienes de un otro yo, garantizándoos al mismo tiempo una constitución que concilie la santa y saludable autoridad del soberano, con las libertades y privilegios del pueblo.

(1) Louis Madelin. *Historia del consulado y del imperio*. Tomo VII. Página 130.

“Españoles: recordad lo que han sido vuestros padres y contemplad vuestro estado. No es vuestra la culpa sino del mal gobierno que os ha regido; tened gran confianza en las circunstancias, pues yo quiero que mi memoria llegue hasta vuestros últimos nietos y exclamen: es el regenerador de nuestra patria”.

Regenerador de la patria. Está esbozado el programa: cambiar las instituciones, otorgar una carta que consagre los privilegios del pueblo. En este programa, Napoleón está imbuído del espíritu del siglo filosófico. Basta levantar con palabras un edificio constitucional, para que los hombres y las costumbres se amolden a la definición teórica. Hombre de acción, iluso y engreído. Qué mayor generosidad que la de injertarle al viejo tronco ibérico, la savia joven de una dinastía, surgida en una isla en tiempo de guerra y tempestad.

La responsabilidad le ha sido cedida a José, quien por primera vez se dirige a su “pueblo”, un pueblo que no conoce:

“Don José Napoleón, por la gracia de Dios y por la constitución del Estado, rey de España y de las Indias.

“Españoles: entrando en el territorio de la nación, que la Providencia me ha confiado para gobernar, debo manifestarles mis sentimientos. Subiendo al trono, cuento con almas generosas, que me ayuden a que esta nación recobre su antiguo esplendor. La constitución, cuya observancia vais a jurar, asegura el ejercicio de nuestra santa religión, la libertad civil y política; establece una representación nacional; hace revivir vuestras antiguas cortes, mejor establecidas ahora; instituye un senado, que siendo el garante de la libertad individual y el sostén del trono en las circunstancias críticas, será también, por su propia reunión, el asilo honroso con cuyas plazas se verán recompensados, los más eminentes servicios que se hagan al Estado.

“Los tribunales, órganos de la ley, imparciales como ella misma, juzgarán con independenciam de todo otro poder. El mérito y la virtud serán los solos títulos, que sirvan para obtener los empleos públicos. Si mis deseos no me engañan, pronto florecerán vuestra agricultura y vuestro comercio, libre siempre de trabas fiscales que lo destruyen.

“Queriendo reinar con leyes, seré el primero que enseñe con mi ejemplo el respeto que se les debe. Entro en medio de vosotros con la mayor confianza, rodeado de hombres recomendables, que nada me han ocultado de cuanto han creído que es útil para vuestros intereses.

“Pasiones ciegas, voces engañadoras e intrigas del enemigo común del continente, que solo trata de separar las Indias de la España, han precipitado a algunos de vosotros a la más espantosa anarquía. Mi corazón se halla despedazado al considerarlo; pero tamaño mal puede cesar en un momento.

“Españoles: reuníos todos, ceñíos a mi trono; haced que disensiones intestinas no me roben el tiempo ni distraigan los medios que únicamente quisiera emplear para vuestra felicidad. Os aprecio bastante para no creer que pondreis de vuestra parte cuantos medios para alcanzarla y este es mi mayor deseo”.

En Bayona comienza a organizarse la nueva corte. La mayor parte de los grandes de España que habían acompañado a Fernando y que habían presenciado la escena del despojo, permanecieron a la expectativa. No los horrorizaba la posibilidad de hincar las rodillas frente al nuevo soberano. Y desde distintos sitios de España se inició el desfile de los encandilados con el sol naciente. En algunos de ellos obraba el sentimiento de horror hacia la anarquía. Y entre un rey extranjero, que garantizara el orden, y el desenfreno de las pasiones populares, preferían lo primero. Allí se fueron reuniendo lentamente los viejos apellidos sonoros, los portadores de grandes nombres históricos, los privilegiados del antiguo régimen, y los que se consideraban al fin y al cabo triunfantes, por haber salido de Godoy.

¿Y cuál fue la impresión que les produjo José Bonaparte? Sin los arrestos y la impetuosidad del hermano imperial, mostraba los mejores propósitos, discutía apaciblemente los temas, era visible su deseo de atraer con sus modales y su don de simpatía. Quienes habían estado en contacto con la ráfaga, encontraban a José conviviente y sedante.

Al leer el acta de aceptación de la constitución napoleónica, nos encontramos con los más insignes nombres de España, los vicarios generales de las congregaciones religiosas, los mariscales de Castilla, los marqueses y condes. Allí proclaman:

“Habiéndonos sido leída la constitución que precede, que durante el mismo acto nos ha sido entregada, por nuestro augusto monarca José I; enterados de su contenido, prestamos a ella nuestro asentimiento y aceptación, individualmente por nosotros mismos y también en calidad de miembros de la junta, según lo que cada uno tiene en ella y según la extensión de nuestras respectivas facultades”.

Pudiera pensarse que todas esas declaraciones se debieron a la coacción y algo de eso dijeron algunos de los firmantes cuando la fortuna comenzó a cambiar de campo. Pero con una honradez que no es frecuente entre los políticos, los ministros de Fernando VII, Azanza y O’Farril en su *Memoria justificativa* dicen:

“Todos estos actos fueron tan libres, de parte de todos cuantos los ejercieron, que no nos consta que el rey José rehusase admitir la renuncia de alguno, si hubo quien la hiciese. Azanza y O’Farril confiesan francamente, que ni en aquel tiempo ni en otro alguno, durante la revolución, experimentaron de parte del emperador, ni del rey su hermano, ni de nadie, la menor fuerza o violencia personal, ni han sido jamás agentes para inspirarla a otros. Hemos obrado en todo, guiados solamente por las razones acertadas o erradas, pero siempre sinceras, de la conveniencia pública y del bien de la patria atendidas las circunstancias en que ella se hallaba”.

¿Quiénes eran los colaboradores, ministros y cortesanos del nuevo rey...? ¿Se puede hablar de la unanimidad de España en su rechazo al usurpador...? “El nuevo soberano compuso su corte y servidumbre de los mismos sujetos que acaban de servir a Fernando VII y fueron con él ejerciendo sus funciones. De este número eran los señores duques del

Infantado, de Frías, de Híjar, del Parque, el marqués de Hariza, el príncipe de Castel Franco y los condes de Fernán Núñez, Orgaz, Castel-Florido, Santa Coloma y otros magnates”.

Muy pocas variaciones en el ministerio. “El señor don Pedro Ceballos fue confirmado en el Ministerio de Estado. Azanza fue nombrado para el de Indias, en lugar del de Hacienda que había tenido. Este ministerio fue concedido al señor conde de Cabarrús, del Consejo de Estado. El señor Piñuela y O’Farril fueron confirmados en los que ejercían anteriormente. Al señor don José Mazarredo, teniente general de la Real Armada, se le confirió el de Marina y el señor don Mariano Luis de Urquijo fue nombrado ministro secretario de Estado”.

Todos estos datos figuran en la *Memoria justificativa* de los ministros del rey Fernando.

En la apariencia nada había cambiado. Los mismos ministros, los mismos cortesanos, los mismos jerarcas de la iglesia y la promesa formal de los Bonapartes de respetar sus fueros y privilegios.

Se inicia el viaje de regreso. De nuevo se pone en movimiento la fila de los coches, de Bayona hacia Madrid. Pero las impresiones de cada uno de los personajes eran necesariamente distintas. Y a medida que el paisaje avanzaba, trayendo enredada la línea de plata del Bidasoa, debieron hacerse meditaciones variadas, allá, en el fondo de los coches.

Para el rey José todo era sorprendente, desconcertante, original. Aunque estuviera acostumbrado a los capítulos de la epopeya, que su genial hermano inició hace quince años, esta nueva aventura surgía bajo auspicios inquietantes. Si hubiera podido ordenar que se abrieran las entrañas de las aves, para saber qué le decía el destino en los ensangrentados portentos.

Para sus acompañantes de la nobleza, la impresión no era la misma. Ellos conocían el camino, camino de regreso. ¿Qué había quedado atrás...? La lealtad para con su rey. ¿Qué se ofrecía a sus ojos...? La animadversión del pueblo. ¿No pensaron, el de Orgaz, el del infantado, el de Fernán Núñez, que su rey había sido inicuamente despojado en Bayona, y que ellos, sus amigos, no podían hacer parte de la comitiva del usurpador?

En el viaje de abril, toda la incertidumbre venía de los enigmas de Bayona. En el viaje de julio toda la incertidumbre venía de Madrid. Hacia Bayona, la amenaza provenía del emperador. Hacia Madrid... la amenaza venía del pueblo. Llegaban algunas noticias consoladoras:

La Junta de Gobierno de Madrid había levantado bandera blanca. “Defiriendo a los pacíficos consejos de nuestros soberanos y persuadida íntimamente de que toda resistencia de parte de nuestra nación, le sería funesta y ruinoso, procuró inspirarla estos mismos sentimientos. Los principales jefes del gobierno y las supremas autoridades no dudaron unir su voz a la de la junta, en la proclama que se dispuso el 3 de junio y fue publicada por el consejo para calmar las agitaciones que nacían en las provincias. Todos preferían una resignación pacífica a una guerra desoladora”.

Y el Consejo de Castilla se había pronunciado en términos enfáticos:

“Señor, vuestra majestad es la rama principal de una familia destinada por el cielo para reinar. No temais, generosos españoles, que vuestra santa religión reciba la menor mengua. Ella será la única dominante en España en toda su pureza: la legislación, los usos y costumbres, los tribunales, el clero, los cuerpos nacionales serán conservados y mejorados, con grande utilidad de la Iglesia y del Estado. Quiera el cielo oír nuestros votos, y que vuestra majestad sea el más feliz del universo, como se lo deseamos, en nombre del Supremo Tribunal de quien somos diputados...”.

Y los consejos de la Inquisición, de las Indias, de la Hacienda, de Ordenes, “se confesaban dichosos de ver el soberano destinado a gobernar las vastas provincias de España, deseándole que encontrase en el seno de ella su felicidad, haciendo también la de sus vasallos”.

Y el cardenal de Borbón escribía un mensaje expresivo, que llenó de júbilo a Napoleón, pero que no convenció a José.

Es una verdad histórica la solidaridad de las clases dirigentes con José y el estado de ánimo “colaboracionista” de la alta burocracia. “Tales eran por el imperio de las circunstancias —escriben Azanza y O’Farri— los sentimientos que generalmente animaban a todos los hombres públicos en Madrid y en Bayona. Estos sentimientos se pronunciaron mucho más, cuando tuvieron ocasión de conocer y tratar al nuevo rey, ya en las diputaciones que cada clase nombró para felicitarle, ya en las presentaciones particulares que obtuvieron muchos de ellos. Digan con ingenuidad las esperanzas que entonces concibieron, de la felicidad que podría prometerse la España bajo su gobierno, y cuánto deseaban que se diese principio, no a una guerra exterminadora, sino a un reinado sosegado y tranquilo, que permitiese realizar en la nación, las saludables reformas a que cada uno se preparaba y aun se ofrecía a contribuir” (1).

Para formarse un juicio José Bonaparte disponía de dos versiones. La que le daban sus miembros de la comitiva, ocultando su ansiedad bajo las apariencias del optimismo. Las noticias de la rebeldía eran minimizadas. Y entre los papeles del nuevo rey, llevaba el mensaje firmado por los grandes de España. La historia dirá si se comportaron como grandes.

El sonoro pliego decía:

“Señor, los grandes de España han sido célebres en todos los tiempos por la lealtad a sus soberanos. Vuestra Majestad hallará en ellos la misma fidelidad y la misma adhesión”.

Desde su llegada a Vitoria, José tuvo la visión realista de su circunstancia. Escribió al emperador la primera carta de su viaje despejando engañosas ilusiones. La presencia del pueblo le había dado la otra versión.

(1) *Memorias de tiempos de Fernando VII*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo XCVII. Página 305.

Le bastaba asomarse a una ventana para darse cuenta de lo que estaban rumiando, hostiles y ensombrecidos, los españoles. Eran los mismos que semanas antes imploraban a Fernando para que no cayese en la ratonera de Bayona y le ofrecían generosamente la vida para protegerlo en su huída hacia las provincias del sur:

“He llegado a esta ciudad, donde he sido proclamado ayer. El espíritu de los habitantes es muy contrario a todo esto. Nadie ha dicho hasta ahora la verdad a vuestra majestad. El hecho es que no hay un español que se muestre adicto, a excepción del corto número de personas que han asistido a la junta y que viajan conmigo. Los demás, según van llegando a esta ciudad o a otros pueblos, se esconden espantados de mí, por la opinión unánime de sus compatriotas”.

De un lado la nobleza, todo el señorío tradicional, todos los Frías, los infantados, los Orgaz, los Castel-Floridos, y del otro lado el pueblo. Uno y otro no se conocían. Se pensaba, con un poco de razón, que un pueblo que durante quince años había sufrido el goyesco espectáculo de la corte y había tolerado a Godoy, bien podría someterse a la iniquidad de Bayona. Pero esa nobleza era inferior al propio Fernando, tan inferior a su papel en la historia. Porque el rey abdicó, al fin y al cabo bajo la amenaza. Y la nobleza abdicó libremente.

El pueblo español sintió hervir la vieja savia ancestral y se guió por su instinto, en radical divorcio con su clase dirigente. Todo el régimen burocrático se fue abajo y arrastró en su desprestigio a los grandes apellidos de España. El río de lodo que se llevó a Godoy, arrebató también a los grandes de España. Y fueron nombres desconocidos, ignorados, innobles, los que habían de levantar entre las breñas el pendón real: Palafox, Castaño...

Al rey José no se le ocultó este hecho y el escaso valor que tenía la adhesión de los nobles, que ahora lo acompañaban, con la misma solicitud con que semanas antes, por los mismos caminos, acompañaron al rey cautivo.

Desde Burgos escribió a su imperial hermano una carta:

“Parece, repito, que nadie os ha dicho la verdad exacta, y yo no debo ocultárosla. No creáis que el miedo me hace ver visiones. Al dejar a Nápoles he entregado mi vida a las eventualidades más azarosas. Desde que estoy en España, me digo todos los días: “Mi vida es poca y os la abandono.

“Mas para no vivir con la vergüenza que acompaña al mal éxito, son menester grandes medios en hombres y en dinero. Solo entonces la facilidad de mi carácter me podrá captar algunos partidarios. Hoy, y en tanto que todo sea dudoso, la bondad parece cobardía y estoy dispuesto a parecer menos bueno.

“Para salir lo mejor posible de esta tarea, repugnante a un hombre destinado a reinar, es preciso desplegar grandes fuerzas, a fin de impedir más sublevaciones y que haya menos sangre que verter y menos lá-

grimas que enjugar. De cualquier modo que se resuelvan los negocios de España, su rey no puede más que gemir, porque hay que conquistar por la fuerza.

“Pero, en fin, pues, que la suerte está echada, será preciso prolongar los trastornos lo menos posible. No me asusta mi posición pero es única en la historia: no tengo aquí ni un solo partidario”.

* * *

Comenzaron a llegar las noticias de todas las provincias de España. Los comisionados del rey José, en dondequiera, fueron recibidos con alevosa hostilidad.

“La conmoción se había hecho general y lejos de ceder los pueblos a los consejos de los comisionados, se vieron estos perseguidos, amenazados y en inminente riesgo de perder la vida... En Valencia había cesado de respetarse la autoridad del gobierno desde el 23 de mayo y tres días después el pueblo levantado cortó toda comunicación con Madrid... Las asonadas y tumultos se multiplicaron por todas partes y el vulgo desenfrenado comenzó a cometer los más tremendos atentados contra todos los que caprichosamente sospechaba de favorecer los intentos del emperador Napoleón.

“Este era el estado en que se hallaba la España cuando el rey José entró por la primera vez el 20 de julio a Madrid. Coyuntura en verdad poco favorable para que los habitantes de la ciudad hiciesen demostraciones de júbilo (1).

El rey José al emperador Napoleón:

“El estado de Madrid continúa siendo el mismo. Prosigue la emigración en todas las clases. Enrique IV tenía un partido. Felipe V no tenía sino un competidor que combatir. Y yo tengo por enemiga a una nación de doce millones de habitantes, bravos y exasperados hasta el extremo. Se habla públicamente de mi asesinato; pero no es este mi temor. Todo lo que se hizo aquí el 2 de mayo es odioso. No se ha tenido ninguna de las consideraciones que se debían tener para este pueblo. La pasión era el odio hacia el Príncipe de la Paz; aquellos a quienes esta pasión acusa de ser sus protectores, la he heredado yo y me han transmitido este odio. La conducta de las tropas es propia para mantenerle. Debo repetir lo que tantas veces he dicho ya y escrito a vuestra majestad; pero no teneis confianza en mi manera de ver. Sean los que quieran los acontecimientos que me aguardan, esta carta recordará a vuestra majestad que yo tenía razón.

“Si Francia puso sobre las armas un millón de hombres en los primeros años de su revolución, ¿por qué España, aún más unánime en su furor y en su odio, no podrá poner quinientos mil en tres meses... y serán aguerridos, muy bien aguerridos...? Necesito, pues, antes de tres meses, cincuenta mil hombres y cincuenta millones.

(1) Azanza y O'Farril. *Memoria justificativa*.

“Los hombres honrados no me son más afectos que los pícaros. No, señor, estais en un error: vuestra gloria se hundirá en España. Mi tumba señalará vuestra impotencia. Porque nadie dudará de vuestra afección hacia mí. Todo esto sucederá”.

Si había sido triste el viaje de Fernando VII, de Madrid a Bayona, con el alma poblada de interrogantes y presagios, este viaje de José, a través de un pueblo extraño, fanático, nacionalista, que veía en él al enviado del Anticristo, destruyó en su espíritu el poco optimismo que podría tener desde que recibió indolentemente la corona.

Lo respalda un ejército aguerrido y tres puntas de lanza atraviesan el cuerpo de España. Duhesne invadió la Cataluña. Moncey se precipita sobre Valencia y Dupont tiene la orden imperial de destruir el ejército de Andalucía. Todas las operaciones militares deben realizarse con la celeridad del rayo para evitar que la oposición española se organice y se compacte.

Las tropas de Dupont han llegado a Córdoba el 17 de julio. Se hallan en las orillas del Guadalquivir. “Junio y julio son meses tórridos en esas regiones. Los soldados mal alimentados y muriendo de sed, se tienden en tierra, sucumbiendo bajo el calor”. Dupont espera refuerzos. Escribe con angustia a Savary, para que los envíe desde Madrid.

Se informa sobre el enemigo: el español Castaños y el suizo Reding, un militar de experiencia. En total: 30.000 hombres. Pero esos hombres están animados por una convicción y un ideal, rabiosos soldados de una cruzada. Conocen los caminos. Cruzan el río. El ejército francés se halla cercado. “Los españoles, que llegaban por todos los senderos, ocupaban las cimas boscosas que dominaban la ruta”. Han caído en una ratonera. Sus soldados se hallan exánimes, bajo el sol abrasador, desmoralizados, sorprendidos. La caballería enemiga destroza lo que queda de esa tropa agobiada. Dupont envía a tres de sus oficiales, solicitando la capitulación.

La capitulación de Baylén. Una fecha negra en la epopeya napoleónica, señala el comienzo del fin. Esa noticia repercutió en Europa. Llegó, urgente, al palacio del rey José. Voló hasta Burdeos, donde se hallaba Napoleón. “Había descendido a la prefectura, después de haber recibido los votos de la población; había regresado a su apartamento. Allí se le entregó el fatal despacho. Un instante después se oyó el ruido de una porcelana rota. El emperador había tomado con sus dos manos y lanzado a tierra una gran palangana llena de agua y se paseaba, fuera de sí, sobre el tapiz inundado” (1).

Con una gloriosa victoria había comenzado la resistencia. No estaba previsto en los cálculos del emperador. Alemanes, austriacos, italianos, se habían sometido al fulgor de su sable. Y ahora un pueblo retrasado, que Napoleón comparó muchas veces en su desprecio con los árabes, se erguía en frente suyo. Y uno de sus generales entregaba la espada al improvisado jefe de una guerrilla. ¿Castaños...? ¿Quién es Castaños...?

(1) Madelín. *Historia del consulado y del imperio*. Tomo VII. Página 181.

Todo lo atribuyó a la cobardía de Dupont. Su ejército hundido en Bailén lo obsesionó, como el hundimiento de las legiones de Quintilio Varo, en las selvas de Teutoburgo, amargó con pesadillas los años crepusculares de Augusto.

El rey José y el general Savary, no consideraron segura su residencia en Madrid. El primero de agosto abandonaron la capital. No habían permanecido en ella sino unas pocas semanas precarias. Se cumplían los pronósticos pesimistas de José. Asaltado por el pánico y el odio hirviente, confirmaba la fragilidad de su corona.

Y en Zaragoza se libraba otra batalla, bajo las órdenes de Palafox. "José Palafox, un joven y ambicioso aventurero, que había dirigido el levantamiento y había sido saludado como capitán general, reunió un número considerable de campesinos medio armados y con ellos hizo frente a los 15.000 que comandaba el general Verdier. La defensa de Zaragoza fue una proeza extraordinaria. Habiendo penetrado los franceses en la ciudad, a través de las brechas abiertas por su artillería en los débiles muros medievales de su recinto, Palafox, en lugar de capitular, levantó barricadas en las calles, defendió casa por casa, rechazó varios asaltos. Seguía luchando furiosamente dentro de la ciudad, cuando las noticias del desastre de Dupont y de la evacuación de Madrid obligaron a Verdier a retirarse" (2).

* * *

Caracas es una aldea apacible, separada del mar por un alto espinazo rocoso. Lleva tres siglos de vida sedante y monótona. El cambio del capitán general, un juicio ante la Audiencia, la llegada de un barco a la Guaira, la muerte de un lejano rey amado, don Carlos, don Felipe; el matrimonio de una pareja de "mantuanos", un pleito de tierras adelantado entre ricos terratenientes, como el que ahora ocupa al joven Simón Bolívar con su vecino Briceño, la muerte de un obispo, un te-deum en la catedral, las veladas familiares con alguien que tuvo el privilegio de viajar a Europa y conocer desde lejos a los reyes, eso es todo lo que llena la vida sedentaria, en que las horas van cayendo morosamente de un calendario que no tiene prisa. Se ha oído hablar con frecuencia de un venezolano que viajó a tierras ignotas, fue amigo de una zarina, luchó en Francia a favor de los malditos revolucionarios y ha tenido la idea de que estas tierras pueden emanciparse de España, con la ayuda de los ingleses. Es más, con un grupo de aventureros intentó desembarcar sin éxito y ahora vive en Londres y se escribe con cuatro o cinco de los "mantuanos".

En esa sociedad incipiente se dibujan tres grupos sociales definidos: las autoridades y los funcionarios españoles, los burócratas recién llegados y los burócratas de larga carrera, especializados en poner sellos y demorar los asuntos. Los criollos ricos, que forman la crema de la socie-

(2) Oman. Universidad de Oxford. "La guerra de la independencia de la península ibérica". Tomo VIII. *Historia de Europa en la edad moderna*, publicada por la Universidad de Cambridge. Página 480.

dad. Se tratan amistosamente con los españoles, aunque no dejan de anotar la distancia que ha puesto entre ellos su origen. Quisieran, los más pudientes y orgullosos, adquirir un título nobiliario del monarca. Tradicionalmente se hallan presentes en el cabildo, pero encuentran obstáculos para ascender a capitanes generales. Y el pueblo raso, integrado por mulatos y negros. Entre los españoles y los criollos, existe menor distancia que entre los criollos y el pueblo de color.

El 5 de julio de 1808 —dos meses después de la escena de Bayona—, llegaron unos números del *Times*, de Londres, con el relato minucioso de todo lo que allí había acontecido. El rey Fernando ha devuelto la corona a su padre. Y Carlos IV la ha cedido a Bonaparte, incluyendo en el tratado las Américas. El nuevo rey, en remplazo del amado Fernando, es José, hermano del emperador.

Parece que don Juan de Casas no sabía el inglés y quedó con los ojos absortos frente a esos logogrifos. No existía en el vecindario sino una persona conocida, que descifrara esa lengua: don Andrés Bello, prematuramente docto y respetable. Sílabas a sílabas, fue desenvolviendo el ovillo de la histórica trama.

Inglaterra se halla en guerra con España. En Trafalgar hundió la marina española, que se fue a pique en la gloriosa compañía de la francesa. Desde hace varios años se rumora que los ingleses se hallan dispuestos a propiciar la independencia de las colonias y establecer con ellas un comercio productivo.

Como la noticia viene del enemigo, no hay que confiar en la procedencia. Los periódicos ingleses pueden haberla lanzado, para desorientar a las colonias y preparar un zarpazo, como el que intentaron, sin fortuna, contra Buenos Aires. Diez días permaneció la noticia congelada en los discretos pechos de los funcionarios españoles, quienes procuraron no difundirla para no sembrar la confusión.

Diez días después llega la comprobación. El estado de ánimo del capitán general Casas no iba a ser sorprendido con esa novedad.

“Fondeada en La Guaira en la mañana del 15 y mientras aguardaba a acercarme —escribe el capitán Beaver de la marina de su majestad, al almirante sir Alexander Cochrane— ostentando la bandera de canje, observé un bergantín con bandera francesa, que estaba echando el ancla. Había llegado la noche anterior de Cayena, con despachos de Bayona...”.

De esta manera desembarcaron los portadores del trascendental mensaje, con el que se abre el primer capítulo de la independencia de América. Un inglés es el testigo de la escena. Abrió bien los ojos y se puso a esperar.

¿Quién los enviaba...? el gobernador de Cayena, portador aproximado de un nombre que habría de hacerse famoso: Víctor Hugues. La mayor parte de su vida la ha empleado en América y ha escrito un libro sobre la costa firme y Méjico. No estaba seguro del buen resultado de la empresa y escribió al ministro de Relaciones Exteriores, Champagny:

...“Sería menester de adueñarse de Puerto Cabello, de Cartagena, de Porto Belo, Panamá, San Juan de Ulloa, Veracruz, estableciendo en ellos numerosas guarniciones... y entonces se podría sin consecuencias graves, dejar que se agite interiormente el país, a menos que un oficial entregue a los rebeldes las plazas fuertes que acabo de nombrar” (1).

Confió esta peligrosa misión a Paul de Lamanon: comunicarle a las autoridades españolas el cambio de dinastía. De la noche a la mañana, de súbditos españoles, pasan los americanos a ser súbditos del emperador francés. Se ha extinguido la Casa de los Borbones.

Lamanon es portador de un completo pliego de instrucciones, a las que debe someter su conducta:

“El objeto de la misión del señor Paul de Lamanon, teniente de navío, bajo cuyo mando se halla la corbeta de su majestad, *Le Serpent*, se halla todo entero en las instrucciones de su excelencia el ministro de la Marina y de las Colonias, fechadas en París el 16 de mayo de 1808, que le entrego y en los despachos con fecha 11 del mismo mes, de S.S. E.E. el ministro secretario de Estado y el ministro de Relaciones Exteriores, fechados en Bayona por orden de su majestad, cuyo contenido voy a darle a conocer.

“Estos despachos me invitan a poner en conocimiento, por distintas vías y por todos los medios posibles, de las posesiones españolas de América, las actas oficiales adjuntas que entrego a M. de Lamanon, tanto en español como en francés, rubricadas por su excelencia el secretario de Estado, así como varias cartas dirigidas a los diferentes virreyes, capitanes generales, obispos, etc., de las provincias que el señor de Lamanon debe recorrer. Las piezas oficiales consisten en las actas siguientes:

“1º La carta del rey Carlos al príncipe de Asturias.

“2º La carta del príncipe de Asturias al infante don Antonio, como presidente de la junta, con la que va incluida una carta del príncipe de Asturias a su padre.

“3º El decreto del rey Carlos, declarando teniente general del reino al duque de Berg.

“4º El acta del rey Carlos por la cual cede sus derechos al emperador Napoleón.

“5º La carta del príncipe de Asturias con idéntico objeto.

“6º Varios periódicos, tanto en francés como en español, a los cuales habrá que dar la mayor publicidad.

“M. de Lamanon anunciará también el advenimiento de un príncipe de la casa imperial a la Corona de España, el rey de Nápoles, José Napoleón, a quien sus principios religiosos, sus reales virtudes, su talento y su valor, han merecido el cariño de cuantos han tenido la dicha de conocerle.

(1) Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos. 61. Fo. 227.

“Al encargar al señor de Lamanon de esta importante misión, cumpla los deseos de su majestad, nuestro augusto señor, quien me manda no confiarla sino a hombres de juicio sano y recto, y prudentes.

“Por tanto, en los distintos sitios, designados en las instrucciones N^o 1 de Lamanon, seguido de uno o varios oficiales, con uniforme de gala, se presentará ante los obispos y demás personas, para quienes tiene despachos, con gravedad, decencia y con esa amenidad francesa que tantas voluntades nos ha granjeado en aquellas regiones; les comunicará las piezas oficiales de que es portador; les animará a que mantengan a los pueblos en la obediencia y el respeto, asegurándoles de que los sentimientos del emperador respecto a España no dan lugar a duda alguna. Dichos sentimientos son: interés, benevolencia y constante solicitud por su gloria y su prosperidad; les dirá que a oficiales y obispos se les presenta una buena ocasión de probar su afecto a su nuevo soberano, a su metrópoli y a sus hermanos de España, mostrándose inasequibles a las sugerencias de los ingleses, de sus partidarios y de gente malévolas que querría establecer su dominación de un instante sobre montones de cadáveres de buenos y valientes españoles.

“El emperador, nuestro augusto señor, al elevar a su amado hermano el rey de Nápoles, al trono de España ha consagrado los bienes, las leyes, las iglesias y la religión católica, su independencia absoluta y la integridad de la monarquía española y de todos los países de ultramar.

“M. de Lamanon pintará con los más vivos colores el desorden que en el río de la Plata ha causado la presencia de los ingleses, las matanzas, las profanaciones de los templos, de los conventos, el horror que a los ingleses inspira la religión católica. Asimismo pintará la dicha de ser gobernados por príncipes de sentimientos elevados, justos y piadosos, aseguibles a sus súbditos, que quieren la prosperidad, la gloria de su país, felicidad de que gozan ya los españoles de España.

“M. de Lamanon quedará solo tres o cuatro días en cada uno de los sitios designados en las instrucciones N^o 1 salvo en Cartagena, en donde podrá permanecer algunos días más con objeto de proveerse de lo necesario para efectuar su regreso a Europa con la mayor prudencia posible. Comprenderá la necesidad de preceder a los ingleses en los relatos que pudieran haber hecho ellos acerca de estos grandes acontecimientos y cumplirá su misión con la mayor celeridad.

“La confianza que tengo en M. Paul de Lamanon me ha determinado a confiarle esta importante misión. Sin colaborador, sentirá la necesidad de llevarlo a cabo, con exactitud, sensatez y prudencia, sobre todo con celeridad. Me será muy grato tener noticia de su regreso a Europa, de que su viaje haya cumplido los deseos de nuestro augusto emperador y de que le haya manifestado este su alta satisfacción” (1).

Y a estos textos escritos, cuya lectura iba pintando los sentimientos interiores en el rostro del capitán general Casas, el francés agregó unas palabras pulidas:

(1) Este documento está transcrito del libro de Mancini, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*. Tomo I. Página 257.

“Os traigo, excelencia, mis felicitaciones —dijo el comandante— y vengo a recibir las vuestras con motivo del advenimiento al trono de España y de las Indias, de su majestad el rey José Napoleón, hermano de mi augusto señor, el emperador de los franceses”.

“Casas creyó, al oír aquellas palabras, que el rayo había caído a sus pies, tomó el pliego que sonriente le tendía el oficial y volviéndose hacia el intérprete (don Andrés Bello, quien relata la escena): *Contéstele usted* —dijo— *que voy a enterarme de estos despachos y que le haré saber las decisiones que me hayan inspirado*”.

El capitán general Casas, “una vez cerrada la puerta se puso a sollozar” Sus heridos sentimientos de español, justifican ese desahogo. No es —como escribe don Salvador de Madariaga— que los altos funcionarios españoles estuviesen tocados de afrancesamiento. Pasados los sollozos, tomó la única medida oportuna: reunir a todos los funcionarios de Caracas, para definir los caminos a tomar.

¿Se hallaba perplejo...? Sí. La Junta de Madrid, depositaria de toda la confianza de Fernando VII, integrada por sus ministros, minuciosamente informada de todo el proceso, había decidido claudicar para evitar una guerra desoladora. ¿Es de extrañar la perplejidad del capitán general...? ¿Por qué se le exige un valor y un poder de decisión que no tuvieron los ministros de Fernando VII...?

¿A quién obedecer...? ¿A los reyes Borbones...? Ellos ordenan la sumisión a Bonaparte. ¿Qué autoridad existe en ese momento en España...? ¿Acaso se sabe de la existencia de la Junta de Asturias y de la Junta de Sevilla...? ¿Se tiene noticia de la movilización feliz de las tropas de Castaños, hacia las orillas del Guadalquivir...? ¿Ha resonado acaso el cañón de Bailén...?

Para ese funcionario español, meticuloso y obediente, carente de imaginación como la mayor parte de los burócratas, España ha quedado acéfala y si alguna autoridad existe es la de José Bonaparte. La Junta de Gobierno de Madrid se evaporó.

Pero el 2 de mayo en Madrid, con el presentimiento de lo que puede estar pasando en Bayona, el pueblo ha salido a la calle, con el pecho descubierto, ante la fusilería de Murat. Y el 15 de julio el pueblo de Caracas, al informarse de la llegada de los franceses, tuvo la misma co-razonada, saltó con el mismo ímpetu instintivo. Comenzó a arremolinarse la gente, variada de color, pero unísona en sus voces.

“Casas ocultó al pueblo todas las noticias, mas se supieron siempre por las fanfarronadas del comisionado y su compañero y una gaceta de Bayona que hizo leer Lemanon en la posada de *El Angel*. Esta lectura produjo un altercado entre los franceses y el capitán de artillería Diego Jalón. Tomó mayores proporciones la disputa al ponerse de parte del artillero el alferez de milicias Diego Melo y Muñoz y el capitán de volantes Ignacio Juárez y Manrique de Lara. Estos últimos se exaltaron tanto que salieron de la posada gritando: Viva Fernando VII y muera Napoleón con todos los franceses. Lo cual produjo un gran motín al que se unió todo el pueblo, reuniéndose —dice don Andrés Bello— en menos

de media hora más de diez mil personas. De esta multitud era conductor Diego Melo y Muñoz, el cual estaba sable en mano y tenía de ayudantes al capitán retirado Manuel de Matos y Monserrate y al capitán Ignacio Juárez y Manrique de Lara, quien iba sobre una mula y con puñal en la diestra" (1).

La multitud se dirigió primero a la casa del gobernador. A los balcones salió el capitán general Casas, ya un poco repuesto del golpe anodante, quien se limitó a decir que lo más prudente era el retirarse tranquilamente a sus hogares. Pero el entusiasmo rabioso del pueblo no se enjuga fácilmente con consejos apacibles. ¡Al cabildo! ¡Al cabildo!

El cabildo se reunió en las horas de la tarde. Diego Melo sacó de su faltriquera trescientos pesos para estimular el entusiasmo y hacer crecer el caudal de gentes. ¿Qué quería el pueblo...? Proclamar el augusto nombre de Fernando VII, "con un amor y lealtad la más profunda".

De un lado el cabildo, con su coro inflamado, pidiendo la proclamación. En otro recinto, las autoridades españolas, vacilantes y estupefactas, temerosas de desagradar al nuevo rey. "No era decoroso proclamar al monarca legítimo tumultuariamente y en medio de una asonada, convenía aguardar a que esto pudiera practicarse, con la calma necesaria y las solemnidades de estilo". (Consta en el acuerdo de la audiencia del 18 de julio).

El bochinche no se calmaba. El coro unísono: "Viva el Serafín de Dios, Viva Fernando VII. Muera Godoy, mueran los franceses".

Espontáneamente, salidos de la entraña, sin que nadie los dictara, esos gritos ponen de manifiesto sentimientos anteriores a la explosión:

El sentimiento en contra de Godoy no era privativo de la corte, ni de los murmuradores de Madrid, ni de quienes se enfurecían al ver pasar el coche engalanado, en el que se exhibía ufana, Pepita Tudo. Se ha extendido a todas las colonias. El valido es tan odiado en Caracas como en Madrid o Aranjuez.

El amor a Fernando VII, lo convertía en un símbolo. Nadie conocía sus flaquezas. Pero el solo hecho de que apareciera en oposición a Godoy bastaba para exaltarlo. Y la imaginación popular lo ascendía a la categoría conmovedora de serafín.

Y un tercer sentimiento: el odio al francés. ¿Cuál es la causa de este resentimiento...? ¿No eran acaso aliados, franceses y españoles, en contra de Inglaterra...? Los orígenes pueden buscarse en la revolución y la leyenda deformada y sangrienta de sus excesos. Unas gentes que habían inmolado a su rey, perseguido a la Iglesia, degollados a los sacerdotes, debían ser necesariamente unos monstruos sanguinarios. Las convicciones religiosas populares sirven de explicación y de llave para conocer la fuente de esos sentimientos. Los mismos que se dasataron en España.

Pero es curioso advertir la similitud de las reacciones: las autoridades indecisas y confundidas, en Madrid y en Caracas. El pueblo sacudido

(1) Andrés F. Ponte. *La revolución de Caracas y sus próceres*. Página 10.

e hirviente, salido de madre, el 2 de mayo y el 15 de julio. Y a la calle... Al cabildo, depositario de las tradiciones españolas. Y en frente del cabildo la multitud.

“Me puse de pie en la mula y con la cuchilla que traigo a caballo, pedí la muerte de todo traidor, pedí al público que cuántos franceses me tocaban para degollarlos y respondí en alta voz: Viva el Serafín de Dios, viva Fernando VII, muera Godoy” (1).

Y se improvisó un desfile. En alto un pabellón llevado por don Feliciano Palacios —un tío de Bolívar—. Toda la aldea sacudida de entusiasmo y de rabia. “Se recorren las principales calles y alternativamente se va entrando a cada una de las plazas de la ciudad, la mayor, la de San Jacinto y la de San Francisco. En cada una de ellas hay una mesa a la cual sube Feliciano Palacios y Blanco y trémulo de emoción agita el pendón que lleva en sus manos, alzándolo una y muchas veces con movimientos rítmicos, mientras su voz lanza al vacío de la ciudad gloriosa el grito desesperado de quien trata de poner en pie el espíritu de la sangre y de los siglos:

“Castilla, Castilla y Caracas, por el señor Fernando VII y todos los descendientes de la Casa de Borbón” (2).

“Se colocó finalmente el real pendón, por el señor alférez real en el balcón exterior de la Sala Capitular, la cual y este se hallaban iluminados. Y observando el Ayuntamiento que subsistía congregado el pueblo, a las puertas de la Casa Concejil repitiendo sus vivas y aclamaciones, en testimonio de su lealtad y amor a nuestro augusto soberano, encargó al señor regidor decano, que le manifestase, como lo hizo, precedido el silencio que se pidió y otorgó, la satisfacción general que el Ayuntamiento ha tenido siempre y tiene y tendrá de su fidelidad y amor al rey nuestro señor. Habiendo concurrido al propio fin y a la misma sala las personas de distinción, los prelados de los conventos, los eclesiásticos y los colegiales, haciendo todos las más expresivas ofertas y manifestando el particular regocijo que es consiguiente a tan plausible acto; y habiéndose concedido al pueblo la general iluminación, se terminó el acto, tributándose a todos las muy justas y debidas gracias, por los expresados señores y siendo las ocho y media de la noche” (3).

¿Qué pedía el pueblo...? La proclamación del rey Fernando, la cabeza de los emisarios franceses y la iluminación festiva de las plazas y los edificios públicos. ¿Cómo puede convertirse este acto de fidelidad amorosa al rey legítimo, en el primer acto de la independencia de Venezuela...? Veremos.

¿Qué se ha hecho Lemanon y su amigo Courtay...? Don Andrés Bello fue a comunicarles los peligros que corrían. Se hallaban tranquilos, comiendo, en la casa de un asturiano, don Joaquín García Jove; bajo el amparo de la sombra y protegidos también por los guardias que les envió Casas, salieron hacia La Guaira, en busca de su corbeta.

(1) Declaración de Juárez Manrique en su proceso. Andrés Ponte. *Revolución de Caracas*. Página 10.

(2) Vejarano. *Vida de Simón Bolívar*. Tomo I. Página 250.

(3) Acta del Cabildo de Caracas. Ponte. *La revolución de Caracas*. Página 12.

Llegó a La Guaira a la media noche. Pero se dio cuenta de que a pocos metros se encontraba un barco inglés, en actitud de acecho. Se dispuso a partir. Los vientos no eran favorables. Tan solo a la madrugada, cuando la luz marina aparece púdicamente velada por la bruma, se lanzó al mar. Pero observó que el inglés procedía con celeridad a seguirlo:

“A las diez de la mañana se hallaba al alcance de la voz. Torció a babor y nos descargó varias andanadas. Arriamos todas nuestras alas rastroeras y pusimos las amuras a babor. En aquel momento fue cortada la driza del pabellón. En el acto M. de Lamanon mandó izar de nuevo al grito de “Viva el emperador”. El enemigo seguía tirando sobre nosotros y tuvimos varios bajos obenques cortados, así como los estayes del palo mayor del artimón. También fue cortado el palo mayor por debajo de las barras de gavias. Entonces mandó M. de Lamanon echar el áncora de babor, orden que fue ejecutada inmediatamente y fue arriada la bandera” (1).

De esta manera se apoderaron los ingleses del emisario del rey José. Y así concluyó la misión de reconocimiento y propaganda que le fue confiada al capitán Lamanon.

El capitán Beaver, de la marina británica, por su parte informó a su almirante:

“Exigí la entrega de la corbeta francesa, o por lo menos que se me permitiera apoderarme de ella en aguas de la bahía. A ambas peticiones se me negó terminantemente, así como también apoderarse él mismo de la corbeta. Antes al contrario, me dijo que había dado órdenes que se hiciera a la vela inmediatamente.

“Le informé —a Casas— de las órdenes que yo tenía de apoderarme de la corbeta si zarpase, a lo que asintió. Y al propio tiempo le dije, que si no estaba ya en posesión de los españoles a mi regreso, la tomaría yo. Replicó que daría órdenes al comandante de La Guaira, que disparase contra mí si tal hiciera. A lo que yo repuse que sería él responsable de las consecuencias, añadiendo que consideraba el modo como me había recibido en Caracas, más de enemigo que de amigo, mientras le traía noticias de haber cesado las hostilidades entre la Gran Bretaña y España; y que su conducta para con los franceses era de amigo, mientras que sabía que España y Francia se hallaban en guerra. Replicó que España no estaba en guerra con Francia. A lo que argüí que si el cautiverio de dos de los reyes de España y la toma de posesión de Madrid no era guerra, ¿a qué cosa llamaba él guerra...? Se limitó a contestar que no tenía noticias procedentes del gobierno español y que no podía dar carácter oficial a lo que vuestra excelencia le decía en sus despachos”.

Los conflictos que se agitaban en el espíritu del capitán general Casas y en el de los altos funcionarios españoles se ponen en evidencia en sus posturas negativas:

(1) Informe acerca de la captura del bergantín *Le Serpent*.

No dijo una sola palabra al capitán de corbeta Lamanon, sobre reconocimiento al rey José.

No miró con simpatía la proclamación tumultuosa del rey Fernando, promovida por el pueblo.

Impidió que el capitán Beaver se apoderara de la corbeta francesa.

No admitió que Francia estuviera en guerra con España.

Facilitó la fuga de los franceses, bajo su protección.

Su ánimo oscilaba entre los deberes con el rey Fernando y la posibilidad de que se afianzara, con el asentimiento español, el rey José.

El pueblo sí sabía, en la noche de la iluminación, lo que quería y lo que defendía. Había expresado el amor a su rey de la manera "más animada, tierna y sincera", escribe el fiscal de la Real Audiencia de Caracas. ¿Fernando VII lo merecía...?

Qué desconocimiento por parte de Napoleón y de su ministro Champagny, sobre la psicología de los americanos. Envió en misión diplomática, a un modesto capitán de corbeta. Como si se tratara de unas tribus irrevocablemente sumisas, sin conciencia alguna de sus tradiciones, sin respeto a sus soberanos, sin asomo de opinión pública. Les bastaba decir que había que tratarlas con "la amenidad francesa que tantas voluntades nos ha granjeado". Y estaban seguros del éxito, por el solo hecho de que Lamanon "se presentara de uniforme de gala ante los obispos y demás personas para quienes tiene despachos".

Comprometido en la vía elegida en Bayona, el emperador de los franceses ha debido valorar la significación que para su política tendría la adhesión a la nueva dinastía de las colonias de América. Y en este camino, eran posibles dos formas de actuación:

El envío de una gran embajada, encabezada por personajes de cuenta y con todo el despliegue de la grandeza imperial, si se trataba de impresionar a los americanos.

O la ostentación de una fuerza militar imponente y convincente, que por sí misma diera una idea de la orgullosa estirpe, a la cual le fue cedida la corona de Felipe II.

Pero ni una ni la otra cosa. Comisionar al gobernador de Cayena —a quien llamaban sus enemigos, no sabemos por cuáles motivos, con el apodo de Robespierre— para que a su vez delegara esta comisión, en un modesto capitán de corbeta, implica un desconocimiento fatal sobre la psicología de estos pueblos, sus raíces hispánicas, su amor ingenuo por los Borbones. Y un desprecio displicente.

El viaje de Lamanon por toda la América lo emprendió solo, con un solo amigo, inerme, desprovisto de suntuosidad, sin *mise en scène*, arte en el que el imperio era maestro. Si la escena de Bayona, mal iniciada —como lo declaró el emperador mismo cuando pagó sus errores sobre la roca— fue fatal para su prestigio europeo y anunció el derrumbamiento,

el desembarco de los pasajeros de la corbeta de guerra *Le Serpent*, constituyó su equivalente. Mal tratados, befiados, rechazados, a punto de ser degollados y vueltos trizas, se vieron forzados los franceses a huír. Cayeron finalmente en poder del inglés. En esa mañana de julio se abatió el pendón de la nueva dinastía. En Bailén se perdió España. En La Guaira, se perdió América.

* * *

¿Qué pasó después del quince de julio, en el que todos acompañaron jubilosamente, con un cerco estremecido de gritos, el pendón real...?

Los pueblos, la masa parda, no tenía sino una consigna y un sentimiento, la adhesión a Fernando VII. En su ingenuidad no existían pensamientos ocultos ni fervores condicionales.

El capitán general y sus consejeros ya no eran espontáneos. En ellos obraba un cálculo. Vacilaron en testimoniar esa adhesión. No se dejaron llevar del primer impulso. Pero tenían en cambio un criterio estable: el mantenimiento de la autoridad en sus manos, a nombre de Fernando... a nombre de José (eso no estaba excluído) y después... a nombre de la Junta de Sevilla.

Los criollos del "cogollito", participaban públicamente de la adhesión al rey cautivo, pero se había incubado en ellos el propósito de exigir la participación en el gobierno. Querían seguir el buen ejemplo de los asturianos y sevillanos y se apoderaron de la idea de crear una junta conservadora de los derechos de Fernando VII.

La oposición entre criollos y españoles se verificó alrededor de esa idea. Los españoles irreductibles en su principio: nosotros seguimos gobernando. Los criollos utilizando la ocasión para exigir: nosotros queremos participar en el gobierno.

Son tres posturas diferentes: la emocional adhesión, el gobierno para sí y la participación criolla en el gobierno. Algunos criollos pensaban: si el rey regresa a Madrid, seguiremos como fieles vasallos. Los otros tenían una concepción más audaz y más a larga distancia: mientras el rey regresa, comencemos por gobernarnos nosotros mismos. Y después... se verá.

Esta aspiración criolla, al realizarse, convertía a los vasallos del rey en albaceas de sus derechos. Era un gran paso adelante.

El capitán general Casas estaba inspirado y aconsejado por don Joaquín Mosquera y Figueroa, hombre minuciosamente recto, presumido de sus apellidos, orgulloso de su raíz hispánica, celoso defensor de los derechos de la corona, convencido de que era más español que los españoles. Su exceso de celo lo vincula de manera desafortunada a tres episodios decisivos de la independencia, en contra de su intención. Fue él quien puso los grilletes en las manos de Antonio Nariño y adelantó contra él un proceso inmisericorde por la traducción de los *Derechos del hombre*. Gracias a este proceso el señorío santafereño y las autoridades españolas,

quedaron enfrentados desde 1794. Y ahora es el mentor en la crisis caraqueña. Vamos a ver cómo ha de ser su desempeño. No hubo paso de Casas que no fuera consultado con Mosquera, que lo seguía como una erguida sombra de capa española. Y el tercer error: su nombre, al ser señalado como regente del reino, en la corte de Cádiz, a nombre y en representación de los americanos, mereció la repulsa de quienes tenían en cuenta sus antecedentes y constituyó un obstáculo para que prosperara el espíritu de amnistía y de concordia, creado por las cortes.

Ahora se halla en Caracas, incólume, imperturbable, distante, siguiendo las huellas de todo resentimiento, señalando con el dedo de la ley toda murmuración, registrando en su memoria toda expresión de pensamiento libre. Eso explica en gran parte la actitud de Casas.

Casas se guardó para sí y para su círculo los despachos de Bayona. No quiso informar al cabildo, que no poseía todos los elementos de juicio. Se resistió a mostrar los papeles traídos por el capitán Lamanon.

El cabildo exigió que se le mostraran esos papeles. Se consideraba digno de esa deferencia, después de las manifestaciones de julio.

Tenía el derecho a ser informado sobre la suerte que había corrido su rey. Y el no informarlo, era darle un inmerecido tratamiento de inferioridad.

Insistió. Casas cedió y reunió una junta. Fueron invitados representantes del clero, de la notabilidad y del ayuntamiento. Pero Mosquera se encargó de darles una ducha de agua fría al decirles que esa junta no tenía ninguna facultad decisoria ni sus consejos serían atendidos, porque la autoridad estaba dispuesta a resolverlos sin el concurso de nadie.

Tan solo el 26 de julio —once días después— el cabildo conoció los pliegos del secreto. Y el 27 los regidores formularon la propuesta, alrededor de la cual se iba a dar la batalla: sugirieron la creación de una junta “conservadora de los derechos de Fernando VII”. La sugestión fue rechazada.

En esas mismas horas — a semejanza del mes de julio de 1794 en Santa Fe, comenzó el rumor—. Rumor de conspiraciones. Se decía que los españoles todos, iban a ser pasados a cuchillo esa noche del 27.

¿Qué daba motivo a esos rumores...? Algunas palabras descomedidas y amenazantes de los mismos protagonistas del motín monárquico del 15, Melo Matos y Manrique. Y la información de que en la llamada “cuadra Bolívar” tenían lugar animadas reuniones todas las noches, en las que la juventud dorada de la grande aldea, discutía los últimos acontecimientos de España, con independencia de juicio y con algarada alcohólica. Quien pagaba los gastos era el joven Simón de Bolívar. El ojo zahorí de Mosquera y Figueroa, situó en la “cuadra de Bolívar”, el epicentro de la conspiración.

Pero hay algo que preocupa al historiador: El 15 de julio la pasión colectiva se manifiesta unánime en contra de los franceses. Y el 26 de julio, ese bloque sentimental se deshace y una buena parte de la sociedad,

los "bochincheros" y los jóvenes privilegiados, se desatan contra los españoles. ¿Hay oposición entre esos dos sentimientos...? Ni franceses ni españoles. ¿De dónde nacía esa hostilidad, que parecía incubada en lentos años de desconfianza...? Es curioso que sean los mismos vociferantes, de pelo en pecho y de cuchilla, los que ahora pregonen la guerra a los "cnapetones", por tabernas y trastiendas. Casas es el agente catalizador.

Se abrió el proceso contra Ignacio Suárez, Manuel Matos, Diego Melo y Manrique de Lara. Nada se les probó, fuera de sus enfurecidos arrebatos de amor por el Serafín de Dios. Esa prisión fue la primera medida adoptada por Mosquera y Figueroa.

¿Y Bolívar, que parece ser el anfitrión generoso y el centro intelectual de la juventud descarriada...? Contra él, tan solo una amistosa prevención. El hijo del capitán general fue a su casa y amablemente le expresó:

"Tú sabes que soy tu amigo y te estimo, aunque no te frecuento. Y así me sería muy doloroso que te vieras en alguna aflicción, por lo que te estimaré no admitas sociedades en tu casa ni comensales, porque estos te perjudican". Una amistosa amonestación. Si algo había tramado, ya estaba prevenido.

Don Simón respondió:

"Estoy desesperado por salir de estos gorriones que me incomodan. Yo a nadie llamo y soy inocente de cualquier calumnia".

No dijo más. ¿Despectivo con sus amigos...? También podría serlo con la autoridad. Era una manera de quitarle importancia a las reuniones: unos gorriones. Van a su casa a beber. Eso es todo.

Y al día siguiente partió para San Mateo.

La idea de la junta seguía obsesionando a los caraqueños. Pero gran sorpresa: Es el capitán general Casas quien la propone ahora. El 28 de julio envió una carta al ayuntamiento. Constituía ese un triunfo de los "mantuanos". Se procedió a redactar el proyecto constitutivo. ¿Quiénes deberían formarla...? Los miembros de la audiencia, el síndico, representantes del clero, la universidad, "la nobleza" y el pueblo, el pobre pueblo que había gemido de entusiasmo fervoroso ante el retrato de Fernando. Esa delegación, ¿no sonó bien en los oídos del capitán general y del aristocrático Mosquera y Figueroa...? ¿La plebe...? Desistamos de la idea.

Pero la idea no murió. Siguió rondando las mentes de los criollos.

Una noticia: la llegada a Caracas, del comisionado de la Junta de Sevilla, José Meléndez Bruna, el 3 de agosto. Trae de España noticias frescas. Todas las provincias se han sublevado contra el intruso rey José. Las tropas españolas se enfrentan victoriosamente a los mariscales del imperio. La batalla de Bailén. La resistencia de Zaragoza. La integración de la Junta de Sevilla. Ella es la depositaria de la soberanía usurpada. Ella es la única autorizada para hablar de los derechos de Fernando VII. Ella mantiene la tradición del gobierno. En lo que hace a las colonias, todas las cosas seguirán como antes: el mismo capitán general y su

audiencia. Y en lo que hace a las "juntas conservadoras de los derechos del rey", no son necesarias. Los súbditos, a obedecer. Ya existe una autoridad sobre todas las comarcas del imperio. Orden y disciplina.

Los criollos no entienden esta manera de pensar. En España, cada una de las provincias constituyó una junta. Y una desautoriza a la otra. La de Asturias no está de acuerdo con la de Sevilla. Y la de Madrid ha sido desautorizada por los fernandistas. Y si en la península han tenido la libertad para hacer todas estas sugerencias, sin que nadie hable de deslealtad ni de subversión, ¿por qué en América no se le otorga a los naturales, el derecho a tener también su junta, como la tiene Sevilla, como la tiene Asturias, como la tiene Zaragoza?

En sigilo se redactó un mensaje. Leamos con detención su texto:

"La nobilísima ciudad de Caracas fue el primer escollo que halló en la España americana la criminal felonía cometida por el emperador de los franceses, en la persona de nuestro amado rey y su real familia, contra el honor y la libertad de la nación.

La Provincia de Venezuela no tiene ni menos lealtad, ni menos ardor, valor y constancia, que la de la España europea y si el ancho mar que las separa impide los esfuerzos de los brazos americanos, deja libre el espíritu y su conato a concurrir con todos los medios posibles, a la grande obra de la conservación de nuestra santa religión, de la restauración de nuestro amado rey, perpetuidad de la unión inalterable de todos los pueblos españoles, e integridad de la monarquía. Convencidos nosotros de que la gloria de la nación consiste principalmente en la unión íntima y en adoptar medidas uniformes, como lo asienta la Suprema Junta de Sevilla, en su manifiesto de tres de agosto último, tratando de la utilidad de las juntas establecidas y las de su pertenencia, la de Murcia y Valencia en otros papeles, creemos que es de absoluta necesidad se lleve a efecto, la resolución del señor presidente, capitán general y gobernador comunicada al ilustre ayuntamiento, para la formación de una junta suprema, con subordinación a la soberana de Estado, que ejerza en esta ciudad la autoridad suprema, mientras regrese al trono nuestro amado rey Fernando VII. En consideración de todo, deseando que esta importante materia se trate con la prudencia y la discreción convenientes y para precaver todo motivo de inquietud y desorden, juzgamos que el medio más conveniente es el de elegir y constituir representantes del pueblo, que traten personalmente con el señor presidente, gobernador y capitán general, de la organización y firmación de dicha junta suprema. Y en su virtud nombramos y constituimos por tales representantes a los señores conde de Tovar, conde de San Javier, conde de la Granja, marqués del Toro, don Antonio Fernández de León, don José Vicente Galguerra y don Fernando Key y les damos todas las facultades necesarias al efecto, para que unidos con dicho señor capitán general e ilustre ayuntamiento, convoquen a todos los cuerpos de esta capital, las personas que consideren más beneméritas. Y que compongan dicha junta con igual número de militares, letrados, eclesiásticos, comerciantes y vecinos particulares, que cada una de dichas clases nombre entre sí. Y arreglen esta materia en todas sus

partes, hasta dejar a la junta en pleno y libre ejercicio de la autoridad que deba ejercer, en nombre y representación de nuestro augusto soberano, el señor don Fernando VII que Dios guarde”.

Todo “el cogollo” de Caracas, con una proa venerable: el conde de Tovar. Los del Toro, los Ustariz, los Ybarras, los Pontes.

¿La respuesta...? Un tribunal extraordinario, encargado de juzgarlos y en el cual la figura principal es la del regente Mosquera y Figueroa. Doce años antes había procedido de manera similar contra el señorío santafereño. Salvo el conde de Tovar, en atención a sus luengos años y sus canas, uno por uno, pasaron a las rejas. Algunos se retractaron. Otros dijeron que habían sido presionados por los Rivas y por los Pontes. Otros negaron sus firmas. Pero todos incubaron secretamente la animadversión contra el capitán general y los oidores, y el odioso regente. Y se estableció a pique un abismo entre criollos y españoles.

En el libro de don Salvador de Madariaga se transcribe un párrafo elocuente de don Alvaro Flórez Estrada, procurador general de Asturias:

“En ese mismo momento os separais de nosotros, para que divididos y sin fuerza, todos seamos presa de uno o de muchos tiranos... Tan poca generosidad será la vuestra, que nos abandonais en tan deplorable situación...”.

No. En el momento crucial para el imperio español las autoridades en Venezuela solo pensaron en mantener incólume e intransferible su poder, para utilizarlo a nombre de Fernando, de José o de la junta. No quisieron ceder un milímetro a la aspiración criolla de participación en el gobierno. Y al mensaje en que se pide la creación de la junta, sobre el modelo de Valencia, de Asturias o de Sevilla, se contesta con la cárcel. No tenía otra concepción y otra respuesta el gobernador y su consejero Joaquín Mosquera y Figueroa. Con un poco de imaginación habrían podido encauzar ese entusiasmo y fervor de los pueblos, en la grande empresa contra el usurpador francés. Y lanzarlos a esa lucha. Alistarlos, entusiasmarlos, exaltarlos. Pero lo único que se les ocurrió fue encarcelarlos. A partir de ese momento en los corazones de esos vasallos fieles de Fernando VII, se incubaba la decisión de abandonar a España y buscar, contra ella, la independencia. Y mientras los ejércitos de Massena y de Ney luchan contra las guerrillas en las márgenes del Ebro y del Guadalquivir, comenzaron a prepararse para la acción los dirigentes criollos en su guerra contra España. Los mariscales franceses y los impetuosos mantuanos, tienen ahora un mismo enemigo.

Si el pueblo español con inaudito coraje, derrama su sangre para defender su libertad —contra el francés— sus descendientes, los criollos venezolanos y granadinos, se aprestan a la guerra a muerte, contra el español, para defender su libertad. Las autoridades provisionales que en España, conducían la epopeya con las banderas de la independencia, en América las trocaban por las insignias del despotismo. Les bastaba a los peninsulares el pensar que el coraje y la rabia y la tosudez ibérica con que rechazaron al francés, podían reproducirlo sus nietos de ultramar, en contra suya.

¿Y Bolívar...? ¿Dónde estaba Bolívar...? No hay constancia histórica de su actuación, sino en dos frases: "los gorriones". Y lo que dijo cuando se negó a firmar el manifiesto, solicitando la junta, porque no estaba redactado de acuerdo con su manera de pensar. Eso es todo.

Sus biógrafos rellenan este capítulo con frases. El regente Mosquera escribe: "En cuanto a don Juan Vicente y don Simón Bolívar, aunque no firmaron la representación, son también de los que resultan comprometidos en el modo de pensar".

Se sabía que en su casa era donde se verificaban las amenas reuniones, pero no hay constancia alguna de sus reflexiones sobre lo acontecido en España, ni de la táctica que aconsejaba para llegar a la autonomía, ni de su juicio sobre la tremenda crisis política del imperio español. Sin embargo, esos días de julio, entre la llegada de Lamanon y la prisión de los notables, constituían el primer episodio de un drama de la historia, en el que él sería el protagonista. Todos esos amigos suyos. "los gorriones", eran las comparsas.

No entró en escena. Se supone en la penumbra de su casa, altanero y gentil, como el anfitrión y el centro de un grupo que no estaba seguro de lo que quería y tanteaba afanosamente en busca de una salida: la ansiada participación en el gobierno.

Eran mentes contradictorias y confusas, como la del marqués del Toro, que un día rechazó indignado, como una ofensa, una carta de Miranda y la entregó a los españoles para que le abrieran el proceso y al día siguiente, firmó el manifiesto que los había de enviar a la cárcel.

No podemos hacer el dibujo de Bolívar, jefe de la pandilla, pero todavía indiferenciado dentro de ello. No da un paso adelante ni visita al capitán general ni firma el manifiesto ni es propuesto su nombre para integrar la junta. Se insinúa y desaparece. Se coloca, sin proponérselo, fuera del alcance de las garras de don Joaquín Mosquera.

Si ese don Joaquín Mosquera —que no era un hombre sino un principio— hubiera presentido que aquel joven vanidoso, disipador y buen vividor, era el Simón Bolívar, su antípoda, el caudillo de la revolución, ¿lo habría dejado escapar de sus redes legales...?

Pero su seca silueta de héroe se hallaba en borrador en la mente de la historia, y del mármol informe no había surgido todavía la alta frente ni el perfil de guerrero, ni la espuela ni el caballo y su sombra sobre los Andes, ni la diestra de los incas vengadora.

Pero el oidor no tenía el ojo de Sila cuando advirtió, tras los modales de César, no uno, sino tres Marios.

Ni Bolívar presentía tampoco el papel que iba a desempeñar. O porque lo presentía no entró en escena. Ese no era su acto.